

A caso lo mejor del viaje fue la noche del Hotel Roma. Desde el cuarto de baño. Geneviève hizo salir a Françoise. Y risas en las escaleras. Y yo pensando «Arno también se habrá dado cuenta». Y continué lavándome los dientes. *Close up*. Dos años antes mi hermana había sentido curiosidad por mi dentífrico extranjero. Seguían las risas. Lo presentí con certeza en el restaurante. Yo en su caso habría actuado igual. Y ahora *Close up* hasta en Portugal. Y el tubo de Françoise en francés y en flamenco. Y también en España, por supuesto.

Françoise cruzó por delante del baño. Tras ella entró Geneviève. Una última frase bailó por el dormitorio. Enjuagarse. Geneviève se colocó bajo el vano de la puerta. Seria, ruborizada... Cerré el tubo.

—*Ça te dérange si je dors ici cette nuit?*

Respondí, sin vacilar, mientras lo guardaba:

—*Mais non. C´est un plaisir!*

Françoise vino aún y recogió algunas cosas. ¿Qué diría en esos momentos Arno, el alemán? Geneviève lo había encontrado en el tren París-Lisboa. Del mismo modo que yo a Françoise en el Lusitania Exprés. Ambas tenían cita en la estación esa mañana. Llegada de Geneviève. Y luego de Arno, que había ido de compras. Y ya en la Praça do Comércio, Geneviève que comentó: «Así que tú eres un *blond* canadiense». Pero yo soy moreno. Sólo el sentido figurado: *blond* = cumplido indirecto. Lo demás...

Geneviève tardó aún algunos minutos. Me recosté en la cama y respiré hondo. Cuando ella entró, vino y se acostó a mi lado. Dejé pasar unos segundos. Luego, tomé su mentón

entre mis manos y la besé despacio. Se quebró la rigidez. Le pregunté, con intención de relajarla:

—Sinceramente, ¿cuándo decidisteis el cambio?

—¿Sinceramente? —dudaba. Luego, dijo: «En la estación. A los cinco minutos de encontrarnos».

Y preguntó:

—¿Por qué sinceramente?

—Por nada... para hacerlo todo más fácil. —Hice una pausa—. Ya sé que no ibas a mentir. Sólo para disolver el hielo.

Reímos. Y nos besamos. Geneviève tiene labios carnosos, sensuales, como hundirse en un agua densa y acariciante.

Es verdad que se hace mejor el amor con quien menos nos importa o con aquel de quien aún no estamos enamorados. Los pechos de Geneviève son duros y blancos. Mordí sus pezones rosas. La piel de Geneviève es suave como algas. Dejé correr mis manos por sus piernas, presioné sus caderas, acaricié con morosidad sus hombros. No sé si dije que sus labios hacen pensar en frutas maduras. Nos besamos largamente, al ritmo del deseo. Me erguí luego, desnudos los dos, y Geneviève siguió el camino de mi cuerpo, besando mis caderas, deteniéndose en el vello de mi vientre, arrancando una melodía de temblores. Cuánto agradecí su suavidad, la pericia de su boca, su figura en la noche nadando en el deseo como un cuerpo diestro entre las olas.

Hicimos el amor cuantas veces se encendió en nuestros cuerpos. Y hablamos. De todo eso que brota, ligero, una vez cumplido el deseo. Hablamos. Era muy tarde cuando nos dimos al sueño.

2

Nada; no he logrado encontrar el libro de Khalil Gibram. *El Profeta*. Y según mi diario de viaje, a él le toca ahora el turno. Ni en la Avenida, ni en Goya, donde tenían «otro Profeta», ni en Picasso (¡No tener aún listo el fichero...!)... Luego, al regresar a casa por el Mercado, he advertido que en el primer capítulo no hablo para nada de los poemas. De cómo, después de los primeros espasmos, de las primeras miradas satisfechas, Geneviève y yo estuvimos leyendo poemas de mi último libro. Y de cómo tradujimos «Invitación al viaje» al inglés, ya que yo recordaba muy mal la hermosa traducción que Manolo había hecho de ese poema, «*Invitation to the Voyage*»,

*Nothing but shadows and lights
That follow silhouettes among the leaves...*

El último verso, «en secreto, el perfume del viaje», me gusta más en inglés, tal como Manolo y Janet lo tradujeron: «*in secret, the perfume of the voyage*». Y juntos leímos los poemas de Cátulo (Geneviève no sabe español, pero sí latín):

Vivamus, mea Lesbia, atque amemus...

Y le hice notar aquellos dos versos

*Sed abit dies
Perge, ne remorare.*

que tanto me impresionaron la primera vez que los vi.

Pero qué difícil será narrar este viaje sin traspasar ciertos bordes. No caer en errores de gusto sin por eso traicionar la verdad del relato. Porque todo en este viaje no fue sino calco de mi deseo, incluyendo mi propensión al mito, como diría Gil de Biedma. Quizá la realidad (perdónese me la convención) excediera, una vez más, a mi fantasía. Geneviève es sensual, pero yo no esperaba que en nuestra segunda noche, durante el juego amoroso, bebiera mi semen, sin querer apartar su boca al yo hacerle señales para ello, dando así forma a una antigua fantasía mía.

Tras este viaje, puedo decir con Cavafis,
Nada me retuvo. Me liberé y fui.
Hacia placeres
medio reales, medio soñados,
a través de la noche iluminada.
Y bebí un vino fuerte, como
solo los audaces beben el placer.

Tampoco hablé de ese segundo día en Portugal. Del paseo en coche, con José, Françoise y Geneviève, hasta Estoril. De la playa bellísima y del agua fría, a pesar de estar ya casi en agosto. Ni de la cena en el restaurante pesquero, tras cruzar el Tajo en una barcaza. Del *vinho verde* de las Islas, que raspa agradablemente el paladar. De la charla con Joaquim, el altivo —y afectado— portugués, sobre Borges. De la charla sobre Hesse y sobre Grass con Arno, el alemán de Munich, devoto de Rilke hasta hacía unos años —según me confesó—, estudiante de Urbanismo en Augsburg, la vieja ciudad carolingia, Carolus Magnus, compañero de habitación de Geneviève en la primera noche que ambos pasaron en Lisboa, antes de nuestro encuentro en la estación; aunque sólo compañero de habitación, como yo de Françoise la primera noche. Teníamos que cambiar desde luego.

No. He omitido muchas cosas. Pero es imposible meterlo todo en un papel, en un pedazo de papel. Borges. La novela total sería algo así como ese punto que Borges describe en *El Aleph*.

3

—Emilio, ¿en qué época te habría gustado vivir?

Oí que decía Geneviève. Me volví a su lado. La pantalla de la lámpara de su mesita no atenuaba la luz tanto como yo hubiera querido.

—Apaga esa luz, por favor, ¿quieres?

Geneviève pulsó el interruptor y quedamos en la penumbra.

—¿En qué época? En Bizancio, quizá. O en Alejandría, la Alejandría de Cavafis. O en la India de la época en que fue escrito el *Kama-Sutra*...

Geneviève me escuchaba, sin expresar nada.

—¿Sabes? Cavafis escribió un poema. Creo que era sobre Antioquía. Una ciudad, en todo caso, indiferente a la locura del poder, alegre, alegre de vivir. Es un poema en el que Cavafis habla del poema encargado al poeta de la corte para festejar la victoria de Antonio sobre Octavio. Pero llegan noticias de la batalla de Actium. El poeta oficial no se inmuta: sustituye el nombre de Antonio por el de Octavio en su poema. Y Cavafis comenta algo así como «todo perfecto, todo en su orden».

Vi que Geneviève me escuchaba con atención. Me incorporé y la besé. Y su lengua y sus labios respondieron a mi boca. Mordí su barbilla y mis manos corrieron por su cuerpo.

—Una ciudad —proseguí, alterado el aliento—, un tiempo sin noticia del pecado, sin morales de esas que aprietan y asfixian como camisas de fuerza.

4

CUANDO EL AMOR TE LLAME, SÍGUELO.
(K.G.)

Bien. Hoy tendría que haber narrado la visita a Lisboa con Françoise y Geneviève. El despertar al alba en el Hotel Roma, la dulce hora de amor («Normalmente» —comentó ella— «no me gusta hacer el amor por la mañana; pero hoy me ha gustado»), la visita al Castelo San Jorge,

Olivos y cipreses adornando la cima de la montaña, la ciudad con sus mil tejados rojos al fondo; lamiendo las faldas, el Tajo, azul y ancho; las murallas grises, las aguas agazapadas entre la fronda, los flamencos rosas, los besos pausados entre las almenas, la luz, la luz, la luz ligera en el aire...

y del restaurante «El Morisco», donde comimos un mero inolvidable, y la iglesia de San Vicente, con su panteón morboso y sin gusto. Más el largo vagar por las callejas tocadas de sombra.

También, en este o en otro capítulo, debería haber citado por lo menos la siesta en la nueva habitación que a los tres nos dieron; de cómo Françoise se demoró dos horas en el baño para no molestarnos, «—*Maintenant, je pense, c'est le moment idéal pour lire* La Guerre et la paix», la oímos decir desde allí.

Más la cena en el pequeño restaurante típico, próximo a las cafeterías que rodean al Hotel Bragança, en la boca del puerto. ¿Qué fue...? Ah, sí, *Coquilles Saint-Jacques* y otros pescados. Con vinos blancos portugueses, siempre con vinos blancos. ¿De qué hablamos...? No recuerdo, pero sí que reímos mucho. Ah, según mi agenda, el restaurante se llama «Porto o Abrigo». Según mi agenda también: «Amor de noche; nuevas experiencias».

Pero no. Leonora ha llegado esta mañana. Leonora, holandesa, 31 años, antigua estudiante de Lingüística.

Y sobre todo, sus hombros, sus bucles rubios, que me hicieron permanecer un día más en Sevilla, a mi regreso de Portugal. Sucedió en la Catedral. Algo muy curioso, y un día para señalar con piedra blanca.

Llegó esta mañana, cuando me disponía a ir con mi madre a la playa. Le conseguí una habitación en la pensión vecina, y se vino con nosotros. Eran las dos de la tarde. Mi madre nos dejó a las cinco, y nosotros regresamos a eso de las siete, después de bañarnos, después de comentar *Tales of Alhambra* de Washington Irving, que le aconsejé comprar en Sevilla, en una librería —Vértice— cerca de la calle donde vivió Cernuda, y en la que pasamos hora y media comprando libros. Allí conseguí una traducción al español de los poemas de Omar Khayam, y *The Waste Land* de Eliot, que aún no tenía. Y lo mejor: doscientos poemas de la *Antología Griega* traducidos al inglés. Como no hay casualidades sino destinos, imagino que debía llegar ya a esos poemas, y por algún motivo. Pero me aparto mucho de mi historia.

Después de la playa, vinimos a la ciudad. Tomamos horchata y cubanitas —pastelillos deliciosos— en el Paseo, y de allí fuimos a la pensión. Ha sido tan maravilloso como en Sevilla. Sus hombros... En el tren Sevilla-Granada, y luego en el de Granada a Almería, hice varios poemas, intentando fijar la nube de sensaciones que su piel y toda ella me arrancan:

Como rumor de pasos
sobre las algas, tu piel
en esta noche blanca.
Como rumor de piel
tus besos entre las algas,
esta noche de otras separando.

Tan malos todos como este. Y le he dicho que después de las diez la espero en mi piso, al lado. Y al salir he tenido que tropezar con los primeros movimientos solapados de la moral en uso, que arrugaba sus narices, como animal herido («El hijo de mi vecina... Aquí... Subir con una extranjera...»). Amén.

5

La del mediodía sería cuando Jose, el portugués afincado en Bruselas, casualmente encontrado por Geneviève el día de su llegada con Arno a Lisboa, cuando Jose, digo, hizo su entrada en el pequeño comedor del Roma, esgrimiendo su melosa sonrisa cuya afectación me resultaba desagradable, y sentóse con nosotros tres, ocupando la silla que la partida de Arno — sentida por Geneviève y por mí, y más que nadie por Françoise — había dejado desierta, y Jose pidió más café, y husmeó delicadamente entre las jarritas de leche, los croisanes — algo pesados —, la mermelada y la mantequilla.

Jose. Por nada del mundo habría querido ocupar su puesto ese día. Por nada del mundo.

Yo había sugerido visitar el palacio de Sintra. Marielle, «la compañera de mi juventud», según Salomón, nunca olvidada en este viaje, Marielle, poseedora de fotografías de un palacio extraño que parecía una pesadilla de Luis de Baviera, palacio portugués que ella visitara un año antes de nuestro encuentro en Montreal, Marielle («y que siempre te sean gratas sus caricias»), fotografías, en Montreal...

¿Cuántas veces trató el portugués de llevarme a la arena de la violencia? Ni sus treinta años, ni sus miles de horas de estudio y práctica de la Psicología, ni tanto Lacan engullido, ni nada de nada. El deseo es rey. El deseo que presiente su frustración echa mano de teorías vikingas, deforma Nietzsches, asombra con sus sofismas, y cae, lamentablemente cae, muy abajo, muy abajo, rozando la babosa originaria... Ya sabemos que todo queda, y la escuela que presenta a crueles españoles amenazantes de la Sagrada Independencia Portuguesa, y bárbaros y orgullosos vecinos, y ¡recordad a Felipe! ¡Recordad a Felipe!, y todo sirve, todo sale a flote, porque español es ese, ese jovencito que me está birlando a Geneviève, recordando viejos imperios en los que nunca se ponía el sol, y en los que Bélgica —Países Bajos— como mi propia tierra,

eran de unos Felipes ya españolizados, y los caminos del poder ruedan a veces por los de la carne, y este jovencito, que ha dormido con Geneviève, belga dulce, cuántas veces vista, deseada y vista en Lieja, casada y vista en Lieja, que jamás supo de mi origen, ni de mi lengua, oscurecida por la de estos jovencitos felipes, que se atreven a llamarla «español mal hablado», y ¡mierda!

¿Violencia? No, por Dios. *I make love, no war*. Reducirla, limitarla. Evitar la bestia a todo precio. No, no a todo precio. Al de la vanidad sí. Evitarla. Pero cuando sea ineludible, cuando no sea posible la sorna, la sonrisa que desarma al armado, entonces fuerte. Sin mirar a dónde, recorriendo cerros, abriendo fosos. Pero solo entonces.

Jose. Pobre amigo. Traté de hacértelo todo más fácil. «Pasé por Salamanca. Una ciudad muy fea...» Y te dije: «Sí, realmente muy fea. Aunque no he estado en ella.» Y cuánta necedad, cuánta bobada artera, cuánta espina escondida, por un deseo que a través de salas y parques, y luego en el restaurante de la playa, y (ya no te quedaron dudas) los abrazos sin medida en el acantilado, sobre las espumas, el sol antiguo de la tarde, viento, viento, viento... Dios mío, qué afán de saltar, como se lanza al aire una bandera, qué espuma, perdido entre los labios de Geneviève, el agua pulverizada sobre las rocas, la luz, la luz, el aire... Y más allá, consolado por Françoise, médico y enfermera de vocación, extraña Françoise, el deseo herido de Jose.

Al regresar a Lisboa, Jose se despidió en la puerta del hotel. Ya me había dado antes su dirección en Bruselas. Esa noche salimos de Lisboa en tren, hacia Lagos, hacia El Algarve.

6

COMO EL AGUA EN EL RÍO Y LA BRISA EN EL YERMO HA PASADO OTRO DÍA DE MI VIDA Y LA TUYA. NO QUIERO, MIENTRAS DURE ESTA EXISTENCIA MÍA, SABER UNA PALABRA DEL AYER Y EL MAÑANA. (O. K.)

Mi agenda dice

«Llegada a Lagos por la mañana»

(¡Nueve horas de tren para recorrer menos de doscientos kilómetros! Benditos trenes portugueses. A las siete y media de la mañana, Lagos era un pueblo fantasma, visitado tan sólo por el sol, los turistas, y la sorpresa que de cada boca iba brotando al toparse con el engendro en piedra de la plaza: un churro mal aplastado que pretendía representar al rey Don Sebastián, el de Alcazarquivir. Alguien, y sin duda del propio pueblo, le había encajado un rollo de papel, a modo de supositorio, en el lugar que se suponía trasero del desdichado monarca.)

«Pensión Caravela»

(Como una casa del Levante, de esas que tanto gustaba de describir Azorín: limpia, doméstica, soleada, con macetas de geranios, hierbabuena, nardos, geranios, geranios y enredaderas, y con un gato lustroso en la entrada, Pensión Caravela.)

«Playa espléndida»

(Primero hay que cruzar la pequeña ría que separa al pueblo de las playas, ría puesta por la Divina Providencia para consuelo y alivio de dos barqueros en nada estoicos, en nada parecidos al barquero de *Sidharta* de Hesse, barqueros que evitan al playero la fatigosa tarea de llegar hasta el puente más cercano, sabiamente colocado a un kilómetro y medio hacia el norte, en sentido contrario al mar, por el honrado ayuntamiento de Lagos, que así entiende colaborar con los designios de la Divina Providencia. Espléndida, sí, espléndida arena, dorada y fina, espléndidas aguas, claras como cristales,

espléndidas conchas y caracolas, desparramadas sobre la arena. Pero un agua helada, como en Estoril, como más tarde en Albufeira, como en todas las playas del Atlántico, a pesar de estar ya a finales de Julio. Espléndida.)

«Siesta»

(Y nuevamente, ahora en «Caravela», los juegos amorosos, la búsqueda gozosa de posiciones, las miradas brillantes, resbalar hacia fondos de algas, hacia espasmos apenas silenciados —Françoise sesteaba cerca—, y el sueño luego, el dulce sueño...)

«Restaurante»

(La alegría del vino frío, blanco, de Lagos, la gracia de los calamares rosados, todavía con la carbonilla adherida a su piel delicada, la ensalada semejante a un carnaval de luces, rojas y verdes y blancas y negras..., el aroma del romero, de la mejorana, de las hierbas sobre el atún asado, sobre esa suavidad pálida y regocijante de la carne. Y las caricias del melón, una vez bañado en oporto, ambarino oporto, perfumado oporto, vertido sobre la pulpa satinada y anaranjada del melón, vertido alegremente ante la sorpresa de los parroquianos de la taberna de los pescadores... Y el café en la terraza vecina, bajo el sol y la sombra, como si todo —humo, aroma, licores, tabaco y sombra— se aunase en un solo cuerpo, lánguido cuerpo, para abrazarnos y mecernos en esa tarde, ya recuerdo, de Lagos.)

«Discoteca»

(Todo el viaje eché de menos la música. Para qué hablar de la música —la ausencia de música— de las discotecas de Lisboa, de los hoteles de Lisboa, de los restaurantes de Lisboa... Sentir, pero sentir realmente, como una necesidad física, necesitar ese río de sonidos que te engloban, te sacuden, te convierten en pura imaginación, y hasta esos milímetros de piel que recubren los dedos de tus pies, hasta esos, digo, tiemblan, y son ellos mismos música, aire, imaginación pura... Y Françoise halló compañero para esa noche.)

7

Interrumpo. De nuevo interrumpo mi historia. Pienso en Marielle, que ya habrá regresado, que estará en Montreal, como yo —*Deo volente*— dentro de una semana. Ayer me llegó una tarjeta suya desde Roma (curioso: Roma, Hotel Roma), la Plaza de España, Piazza di Spagna, claro, con un mes de retraso. Como las otras: la de la tumba de Dante, la del supuesto retrato de Safo en una villa de Pompeya. Poetas y España.

Marielle. Delicada amiga. Incapaz de hablar conmigo en francés o en cualquier otra lengua que no sea español. Español con voces de América: que si botar, que si plata, que si fregar, que si carajo... con el consiguiente asombro semiescandalizado de don Alejandro, («Yo, qué quieres, no me dice nada esa palabra...»)...

Hoy cumplí uno de sus encargos. Por azar. «Azar...» Curiosidad y calor me llevaron a la galería de tiendas y boutiques recién inaugurada, esa que crea una calle abierta, y que une al Paseo con la Reyes Católicos. Y veo una especie de joyería. Y descubro en las vitrinas, sabiamente dispersados, cuarzos nevados, cuarzos rosas, ágatas de estrías acariciantes, plomo denso y seriote en cubos, granates oscuros, a medio tallar.

Y al lado, burlándose, increíblemente pícaros, guijarros de la playa, pulidos y con dos chinitas que semejan ojos, esos ojos burlones, esos ojillos, guijarros, dulce locura, «75 pesetas» me responde la chica vendedora, ¡qué alegría! Saber que se puede tirar el dinero, comprar un guijarro así, de esos que hay en la playa, 200 metros más debajo de la tienda, ¡qué delicia!

Y entro. Decidido, claro está, a llevarme tantos guijarros como amigos tengo en Montreal. Y encuentro los aderezos: bellas piedras engastadas en plata, collares, pulsera, pendientes y anillo. Qué alegría. Y lo hay en verde. Marielle, verde. Y corto aquí, porque debo ir antes de que cierren para recogerlo y pagar lo que dejé a deber.

Seguimos.

Segundo día en Lagos. La pensión es amable. El pueblo, como todos los pueblos del Mediterráneo, aunque sus playas sean oceánicas.

Seguimos decididos a pasarlo bien. Nadie hace preguntas peligrosas —y tontas— como «¿Cuándo nos vamos?», «François, ¿cuándo regresas a Lieja?», «¿Cuándo...?». Nada de eso. Nada de cuándo. Los tres sabemos muy bien que el pasado y el futuro no pasan de ser una convención y, cuando mucho, una hipótesis. Atrás, aunque cercanos aún (21, 22, y 23 años: François, Geneviève y Emilio), quedaron los pozos negros, los días negados, la pesadilla diurna. Atrás. Y para vivir sin fantasmas de tiempo, nada mejor que comenzar ignorando las distancias, Lieja, Montreal, pero ¿existieron alguna vez? Lisboa, pero ¿fue verdad esa ciudad, castillos, mariscos, *vinos verdes*, Josés, Joaquines, olores del 50, la cucaracha del Bragança, ¡¡¡la cucaracha!!!

En nuestra primera noche en Lisboa, François y yo, tras mucho rodar y escalar cerros y bajar pendientes, conseguimos una habitación en el Hotel (así de pomposa la calificación) Bragança, próximo al puerto. Una habitación terrible. Olor a alcanfor, a mantilla de la abuela, a cerrado. Con una cama de matrimonio (colcha roja), y otra individual. François ocupó la primera, sin habernos consultado, lo que no dejó de molestarme un poco. Toilette, ligera irritación («mira que no hacer el amor ahora...!»), y cada mochuelo a su olivo, ¡Dios, y cómo salté!

Una forma desconocida (¿Ratón, culebra...?) corrió entre mis pies, colcha y sábana volando, rostro espantado de François, que se aprestaba para entrar en su olivo, y ¡mierda, qué cucaracha! Como animal escapado a tanta glaciación bendita, como salvaje encarnación del Maldito, como topo voraz y come-dedos, Dios, ¡qué cucaracha!

—*C'est déjà assez avec votre cafard, mon Dieu! Quelle histoire, le cafard de l'Hôtel Bragança...!*

Pasábamos por la plaza que insulta con su estatua la memoria del pobre rey Don Sebastián. Un puesto de libros usados llamó mi atención. Y allí, junto a novelas de Agatha Christie traducidas al portugués, una versión a esta misma lengua del *Lazarillo de Tormes*.

Entonces, era verdad. La musa que el día anterior me había movido a hablar a mis compañeras de la posibilidad de escribir —a tres— un relato de viaje, era verdad, no engañaba.

—*Françoise, Geneviève: voilà le modèle à suivre.*

Les dije que en Lieja encontrarían alguna traducción francesa. Esa tarde, en el café, hablamos de Saul Bellow, el de *Mr. Sammler's Planet*, y de su asiduidad al *Lazarillo*, y proyectamos el libro de viaje.

A Françoise le parece que un libro así debiera ser más original. Me sabe mal tener que adoptar un papel detestable como el de «profesional» de algo, de la literatura en este caso. Pero salto la barrera, fiado siempre en la bondad del primer impulso, y «médico al fin y al cabo, Françoise, querida Françoise» (imposición de respeto y clasificación social doblegadora), «para escribir como ese anónimo escritor, digo, para lograr algo paralelo, hay que llenar muchas páginas. Así que lo mejor, lo lees diez veces y luego escribes tu versión en el tono de una tarjeta postal...», y bla, bla, bla, pero nos acercamos a la playa, y el libro se olvida por un largo rato. De vuelta con él, sugiero que cada cual escriba su versión en cuanto llegue a casa, «y el verano que viene nos damos cita en algún rincón de Almería, confrontamos, cortamos, arreglamos, publicamos, traducimos, derechos de autor que invertimos en prolongar las vacaciones, vacaciones que dan origen a una segunda parte POR LOS AUTORES DE... ta, ta, ta, y libro va, viaje viene, hasta llegar a fabricar una gran muñeca china, la abres y: una novela, que contiene otra novela-vacación, que

contiene otra vacación-novela, que contiene otra novela-vacación, que contiene... hasta llegar a este día de hoy: primera novela-primeras vacaciones, y cuidando que no se nos caiga el jarro de leche, eh?»

Pero la playa nos separa, y así, Françoise entra en el agua, y Geneviève la sigue, y yo insisto en que sólo me bañaré en el Mediterráneo, que parece mentira, con lo fría que está... Y terminamos por regresar a la pensión, y ducharnos, y preparar el equipaje, y salir a buscar un restaurante que abra a estas horas. Pargo, delicioso pescado, delicioso.

Un taxi nos deja en la estación. En la plaza del pueblo, junto al histórico churro, hemos encontrado a Jose —otro Jose—, que ha dicho adiós a Françoise besándola largamente, y a Geneviève, besándola, aunque menos largamente, y a mí, ofreciéndoseme por si vuelvo algún día a Lagos. Simpático Jose. Moreno de ojos verdes. Françoise, dijo, habría preferido dormir con su amigo, rubio y con algo de Odín nórdico —el tipo de Françoise—, como Arno... pero, ¡ay...!

Lagos-Albufeira. Y en el tren, casi asesino a una anciana, inadvertidamente, al bajar la maleta del portaequipajes.

Tras mucho andar por las callejas de Albufeira, al fin, una habitación, pero «*só tenho um quarto com dois camas*», en el Hotel Baltum. Moderno. Blanco. Confortable. Desde Lisboa, y ya allí, dormimos los tres en la misma habitación, lo que las primeras noches no dejó de ser una lata —aunque leve— para Françoise, que permanecía al margen de nuestros juegos, o casi al margen.

Y un recuerdo:

La playa de Albufeira, maravillosa al anochecer, surgiendo al final de una calleja, como una sorpresa malva hecha de soles y aguas envejecidas

EN UNA RÁFAGA VERDE LA BLUSA QUE TE QUITASTE
PARA DARMÉ LA LEVE SAL QUE TIEMBLA EN TUS SENOS...
(J.C.)

Señor... un día más tan solo en Almería. Y me queda, eso sí, no más que un día en Portugal que narrar. No hablaré de la noche de Ayamonte, ni de los dos días en Sevilla, con Leonora. Aunque así, de pasada, sí podría enumerar algunas cosas: la visita a la ciudad, que aún no conocía; el encuentro de Leonora en la Catedral

(A los pocos minutos de verla, la deseé. Aproveché un momento en que el grupo de turistas se disolvió. ¿Cómo la abordaría? Sin pensarlo, me encontré preguntándole por la capilla de la tumba de Bécquer. No era *sólo* un pretexto (Ya me he dado cuenta de que son rarísimas las ocasiones en que algo llega solo). Mi mala memoria me hacía creer que Bécquer estaba enterrado en la Catedral. Más tarde, en la librería que Leonora me mostró, recordé que no, que Bécquer está en la Universidad; así lo había leído en alguna prosa de Cernuda. En todo caso, mi memoria se comportó como brillante celestina, haciéndome errar para facilitarme el amoroso lance.)

Juntos ya, visitamos la calle Aire, la de la infancia de Cernuda, el Museo de Bellas Artes, nos dimos al amor en la siesta, en un pequeño hotel del barrio de Santa Cruz, en una habitación —¡oh sorpresa!— que en todo semejaba a un camarote de piratas. (Sorpresa porque dos años antes, en una novela, conduje a dos amantes a una habitación «que en todo semejaba a un camarote de piratas»... Prescindo de nuevas reflexiones sobre la convención del tiempo, del sueño/realidad, y de tantas otras pendejadas.)

Y la Casa de Pilatos, con sus jardines, húmedos, veladamente caducos y lujuriosos. La humedad me llegó por las yemas de los dedos, hubo un breve nublo, un manso chaparrón

sobre las hojas y las plantas, un repiqueteo de gotas tropicales, una leve sensación de irrealidad agudizada por la tonalidad amarillenta que los muros de pintura ocre y desleída prestaban al aire... Sentí la vaharada tibia del jardín, entrecerré los ojos y pensé en Machado

*Y algo que es tierra en nuestra carne siente
la humedad del jardín como un halago.*

Y más, y más, y más, hasta llegar a la noche en blanco en el hotel (Sabíamos que al día siguiente, temprano, cada uno marcharía por su lado: nuestros periplos no coincidían.)

Un día de Portugal que narrar. Pero advierto ahora algo que se me había pasado. Toda la gracia, todo el encanto de esos días de Françoise, Geneviève y Emilio, apenas si han quedado apuntados en estas cuartillas, apenas. Tanta risa sembrada en playas y callejuelas, tanto humor (*bye, bye...*) Y tantos propósitos relativos al libro de viaje, como la cita que hicimos de un escritor —¿inglés?—: «*El deber de un escritor consiste en destruir poco a poco, indirectamente, esa fascinación que todavía ejerce sobre algunos una moral hecha para otros pueblos y otros tiempos.*»

10

«(1 de agosto, Albufeira)

Despertar con suavísimas caricias. Paseo solo por la playa. Ninfa rubia en el Banco. Adiós ante una parrilla de sardinas y vinos blancos. Siesta últ. con Geneviève, y adiós muy grato a Fran.

Tren. Cruzo el Guadiana con el crepúsculo. Hotel.»

(Almería, 21 de agosto)

11

HE WHO BENDS TO HIMSELF A JOY
DOES THE WINGED LIFE DESTROY;
BUT HE WHO KISSES THE JOY AS IT FLIES
LIVES IN ETERNITY'S SUNRISE.
(W.B.)

«Torremolinos, 23 de agosto,

Querido amigo, ayer salí en autobús de Almería rumbo a Málaga. Del viaje me quedó una colección de marinas, playas pobladas de gaviotas, barrancos floridos despeñándose sobre el mar, un atardecer malva, y un fuerte dolor de cabeza. Dormí en Málaga. Y esta mañana recorrí la ciudad, que no conocía. Poco que ver. Lo único interesante fue la fachada de la Catedral, y la plaza de la Merced. Aquí se halla la Librería Picasso, en la casa del pintor. De la plaza de la Merced bajé al puerto. Deambulé bajo las palmeras del paseo marítimo, y me senté en un banco para hojear dos libros que había comprado en Picasso. *El Profeta* que había buscado en Almería inútilmente, y que encontraba ahora, tarde para el libro de viaje, ya terminado. Una amiga belga me lo había dado a leer en francés, estando en Portugal, y quería tenerlo. El otro era el Premio Adonais del 76. Te confieso que la lectura de este último me dejó un sabor extraño. Nada del otro mundo, pero sí un acento muy original.

Abrevio. Ahora estoy en Torremolinos. Mi último día en España. Salí de Málaga esta misma mañana, después de todo lo que te he contado, a las doce y media. Había quedado citado con una chica malagueña que encontré en el tren Sevilla-Granada. No sé si me dio el plantón, ya que llegué a la cita con veinte minutos de retraso. En fin, no todo resulta en este mundo.

He pasado la tarde en la playa. Sol, sol, y agua —fría—, sol, sol, y agua —fría—, sol, sol, y café en una terraza, sol, sol,

y adiós... Noté que despertaba el deseo en algunas miradas, y yo mismo fui herido —ligeramente— por una de ellas. Mas, ¡ay, Fabio!, tardé en decidirme y, madurada la flor del deseo, la busqué, en vano: se había evaporado. Castigo de los dioses.

Ahora estoy en un «Pub» que exhibe este anuncio: «con audición de música clásica todo el día».

Al ir a sentarme, oí a alguien decir: «¡Orgullosos de mierda! ¡Que sois todos unos mierdas, orgullosos de mierda!». La música y el jerez me han puesto de buen humor para escribirte.

Un abrazo, Emilio»

12

(Escrito más tarde)

BEAUTY IS TRUTH, TRUTH BEAUTY THAT IS ALL
YE KNOW ON EARTH, AND ALL YE NEED TO KNOW.
(J. K.)

Albufeira de noche... Pero andamos por callejas con sabor a piratas, bergantines, Jack, y *La isla del tesoro*. En la última vuelta culebrea la luna sobre las aguas de la playa, la misma que fuese malva y añil unas horas antes. Entretanto fue el hotel, fue discutir porque tres en una habitación para dos, dejarse robar un poco, y salir, salir a la noche de Albufeira. Françoise, impaciente. Impaciente, Geneviève. Dicen que es el mar, que estimula el apetito. Pero yo me muero por pasear, y sólo el perfume salado de las gambas asadas me ancla en cuerpo y alma a la mesa del restaurante. De nuevo la sorda agresividad del camarero. Pero, Señor... ¡que no se pueda ser español en esta tierra!

Albufeira de noche. Luego de la playa entramos en calles semejantes a las de los piratas, y aquí las discotecas llenan el espacio de las tabernas. «¿Aquí...?», «Bueno, ¿por qué no?» Françoise observa descuidadamente a los tipos del local. Jose le dijo que pasaría por Albufeira esta noche, por esta discoteca donde los Beatles suenan ahora como algo extraño, tan lejano ya como los piratas y las islas con tesoros. Tan lejos todo. Como esa noche de Albufeira que en esta hora me vuelve con su vagar en sombras, su música, su maravilla tan sin mancha, su mar en calma, y su irrecuperable encanto. Tan lejos ya...

(Montreal, en noviembre)